

acaso, se devora con una prisa febril y una voluptuosidad aún más intensa ese corto viaje del cual se divisa ya el fin en el propio momento en que se inicia.

Pero, después de algunos años, algo ocurre que viene a sumarse singularmente a las emociones de la travesía. La pequeña isla flotante depende todavía de ese mundo del cual nos creíamos desprendidos. Subsiste una relación, un nudo que no se desata sino poco a poco, en pleno océano, y poco a poco también, y en pleno océano, se vuelve a anudar. La radiotelegrafía es como una llamada de otro universo del cual se recibieran noticias en la forma más misteriosa que quepa pensar. La imaginación no tiene siquiera el recurso de evocar los hilos de alambre por los cuales se desliza el mensaje invisible. El misterio todavía más insondable y más poético también, y es a las alas del viento a lo que hay que recurrir para explicarse este nuevo milagro.

De este modo, en las primeras horas nos sentimos seguidos, escoltados, incluso precedidos por esa voz lejana que, de tiempo en tiempo, nos susurraba a alguno de nosotros unas palabras llegadas de allá lejos. Dos amigos me hablaron. Y otros diez, otros veinte nos enviaron, a todos, a través del espacio, sus adioses entristecidos o sonrientes.

Mas al segundo día, a quinientas millas de la costa francesa, en una tarde tempestuosa, el telégrafo sin hilos nos transmitió un despacho cuyo contenido decía:

Arsenio Lupin, a bordo de su navío, primera clase, cabellos rubios, herida antebrazo derecho, viaja solo, bajo el nombre de R...

En ese preciso momento, en el cielo sombrío, estalló un violento trueno. Las ondas eléctricas quedaron interrumpidas. El resto del despacho ya no llegó a nosotros.

Del nombre bajo el cual se ocultaba Arsenio Lupin no se supo más que la inicial. Si se hubiera tratado de otra noticia, no dudo en absoluto que el secreto hubiera sido guardado escrupulosamente por los empleados de la estación radiotelegráfica, así como por el comisario de a bordo y por el capitán. Pero hay acontecimientos que parecen romper la discreción más rigurosa. Aquel mismo día, sin que pueda decirse

para maquillarse, su prodigiosa facultad para transformar hasta las proporciones de su rostro y de alterar incluso la relación existente entre sus rasgos.

— ¿Por qué — dice, él también— habría de tener yo una apariencia definida? ¿Por qué no evitar ese peligro de una personalidad siempre idéntica? Mis actos me designan suficientemente.

Y con un poquito de orgullo precisa:

— Tanto mejor si no pueden decir jamás con entera certidumbre: "He aquí a Arsenio Lupin". Lo esencial es que digan sin temor a equivocarse: "Arsenio Lupin ha hecho esto o aquello".

Son algunos de sus actos, algunas de sus aventuras los que yo trato de reconstruir, conforme a las confidencias de las cuales tuvo generosidad de hacerme partícipe, en ciertas tardes de invierno, en el silencio de mi gabinete de trabajo.

Arsenio Lupin en Prisión

No hay un turista digno de considerarse como tal que no conozca las orillas del Sena y que no haya observado, yendo desde las ruinas de Jumieges a las ruinas de Saint Wandrille, el extraño y pequeño castillo feudal de Malaquis, tan orgullosamente erguido sobre su roca en pleno río. El arco de un puente lo une con la carretera. La base de sus sombrías torres se confunde con el granito que la sostiene: un enorme bloque de piedra desprendido de no se sabe de qué montaña y arrojado allí por alguna formidable convulsión. Alrededor, el agua tranquila del gran río juega entre los cañaverales y las aguanieves tiemblan sobre la cresta húmeda de los guijarros.

La historia del castillo de Malaquis es ruda como su nombre, áspera como su silueta. No hubo allí más que combates, cercos, asaltos, rapiñas y matanzas. En las veladas de la tierra de Caux se evocan con estremecimiento los crímenes que allí se cometieron. Se cuentan misteriosas leyendas. Se habla del famoso subterráneo que antaño conducía a la abadía de Jumieges y la mansión de Agnès Sorel, la bella amiga de Carlos VII.

En este antiguo refugio de héroes y de pícaros habita el barón Nathan Cahorn, el barón Satán, como antaño le llamaban en la Bolsa, donde se enriqueció un tanto bruscamente. Los señores del castillo de Malaquis, arruinados, tuvieron que vender por un pedazo de pan aquella que era la mansión de sus antepasados. Ha instalado

— No, Ganimard, y puesto que insistes...

Arsenio Lupin recorrió con sus pasos dos o tres veces la estancia y luego se detuvo, y dijo:

— ¿Qué opinas tú de mi carta al barón?

— Opino que has querido divertirme asombrando un poco al público.

— ¡Ah! Asombrar al público. Pues bien: te aseguro, Ganimard, que te creía más ducho. ¿Cómo puedo yo, Arsenio Lupin, entretenerme en esas puerilidades?

¿Acaso habría yo escrito esa carta si hubiera podido desvalijar al barón sin escribirle? ¡Caramba! Comprended tú y todos los demás que esa carta fue el punto de partida indispensable, el recurso que, puso en movimiento toda la maquinaria.

Veamos, procedamos por orden, y si así lo estimas preparemos los dos juntos el robo del Malaquis.

— Te escucho.

— Entonces, supongamos un castillo rigurosamente cerrado, ataluchado, cual lo estaba el castillo del barón de Cahorn. ¿Voy yo, acaso, a abandonar la partida y renunciar a unos tesoros que ambiciono poseer, a pretexto que el castillo donde se guardan es inaccesible?

— Evidentemente, no.

— ¿Voy yo a intentar el asalto, como antaño, a la cabeza de una banda de aventureros?

— Eso, sería infantil.

— ¿Voy a introducirme en el castillo subrepticamente?

— Imposible.

— No queda, entonces, más que un medio, el único en opinión mía, y que consiste en hacerme invitar por el propietario de dicho castillo.

— El medio es original.

— ¡Y qué fácil! Supongamos que un día dicho propietario recibe una carta advirtiéndole de lo que trama contra él un tal Arsenio Lupin, famoso ladrón. ¿Qué hará él?

— Enviará la carta al fiscal...

Hace un instante. Por delicadeza no he querido leerlo en tu presencia. Pero si tú me autorizas...

— Te estás burlando de mí, Lupin.

— Ten la bondad, mi querido amigo, de decapitar este huevo pasado por agua. Comprobarás entonces por ti mismo que no me burlo de ti.

Maquinalmente, Ganimard obedeció y rompió el huevo con ayuda de la hoja de un cuchillo. Lanzó un grito de sorpresa. La cáscara estaba vacía de su primitivo contenido, pero en su lugar había un papel azul. A ruego de Arsenio Lupin lo desplegó. Era un telegrama o, más bien dicho, una parte de un telegrama, del cual habían sido arrancadas las indicaciones del telégrafo. Leyó el texto siguiente:

"Acuerdo concluido. Entregadas cien mil balas. Todo marcha bien."

— ¿Cien mil balas?

— Sí, cien mil francos. Es poco; pero, en fin, los tiempos están malos... Y yo tengo unos gastos generales tan grandes... Si tú supieras a cuánto asciende mi presupuesto...; es el presupuesto de una gran ciudad. Ganimard se levantó. Su mal humor se había evaporado. Reflexionó unos momentos, y abarcó de un vistazo todo el asunto, para tratar de descubrir algún punto débil en él. Después, con un tono en el que dejaba francamente traslucir su admiración de hombre conocedor, exclamó:

— Por suerte no existen docenas de hombres como tú, pues, de lo contrario, la Policía tendría que cerrar y liquidar su empresa.

Arsenio Lupin adoptó un aire un tanto modesto, y respondió:

— ¡Bah!... Era preciso distraerse un poco, ocupar en algo el ocio..., tanto más cuanto que el golpe sólo podría tener éxito si yo estaba en la cárcel.

— ¡Cómo! — exclamó Ganimard—. ¿Tu proceso, tu defensa, la instrucción del sumario, todo eso no te basta para distraerte?

— No, puesto que he decidido no asistir a mi proceso.

— ¡Oh, oh!

Arsenio Lupin replicó con calma:

— No asistiré a mi proceso.

— ¿Y si Arsenio Lupin se le escurre a usted por entre los dedos? — objetó el director de la prisión.

— Emplearemos el número de hombres necesarios. Si, no obstante, él pusiera de su parte demasiada habilidad..., créame usted, sería tanto peor para él. En cuanto a la banda, puesto que su jefe se niega a hablar, ya hablarán los otros.

Y, de hecho, Arsenio Lupin no hablaba mucho. Desde hacía meses, el juez de instrucción, Jules Bouvier, se esforzaba en vano en hacerle hablar. Los interrogatorios se reducían a unas cuantas charlas desprovistas de interés entre el juez y el abogado Danval, uno de los príncipes de la abogacía, el cual, por lo demás, sabía él mismo tanto sobre el acusado como cualquier recién llegado.

De tiempo en tiempo, por delicadeza, Arsenio Lupin deslizaba en el interrogatorio cosas como esta:

— Sí, señor juez, estamos de acuerdo: el robo al Banco Crédit Lyonnais, el robo de la calle Babylone, la emisión de billetes de Banco falsos, el asunto de las pólizas de seguros, los robos en los castillos de Armesnil, Coqueret, Imblevain, Groseliers y Malaquis, todo eso fue obra de este señor que usted.

— Entonces podría usted explicar me...

— Es inútil; yo lo confieso todo en bloque, todo; y hasta diez veces más de lo que usted supone.

Cansado de esa lucha, el juez había suspendido tales interrogatorios fastidiosos.

Después de haber tomado conocimiento de dos notas interceptadas, volvió a reanudar los interrogatorios. Y en forma regular, a mediodía, Arsenio Lupin fue llevado de la Santé a la prisión central, en el coche de la penitenciaría, con otro grupo de detenidos. Regresaban a las tres o las cuatro de la tarde.

Pero, una tarde, ese regreso se realizó en condiciones particularmente extrañas.

Como los demás detenidos de la Santé todavía no habían sido interrogados, se decidió llevar primero de regreso a Arsenio Lupin. Por consiguiente, aquel subió solo al coche:

Esos coches carcelarios, llamados vulgarmente "cestas de ensalada", están divididos a lo largo, por un pasillo central, sobre el cual se abren diez casillas: cinco a derecha y cinco a la izquierda. Cada una de esas casillas está dispuesta en tal forma, que es preciso mantenerse sentado, y los cinco prisioneros correspondientes,

además de no disponer cada uno más que de un lugar sumamente estrecho, están separados unos de otros por tabiques paralelos. Un guardián colocado al extremo vigila el pasillo.

Arsenio fue introducido en la tercera celda de dicho coche y el pesado vehículo emprendió la marcha. Se dio cuenta que abandonaban la plaza del Horloge y que pasaban ante el Palacio de Justicia. Entonces, al llegar al medio del puente de Michel, apoyó el pie derecho, como siempre lo hacía cada vez que le llevaban ante el juez, sobre la placa de hierro laminado que cerraba su celda.

Inmediatamente algo se desprendió y la placa de hierro se apartó insensiblemente. Comprobó luego que se encontraba entre las dos ruedas del carruaje. Esperó con los ojos al acecho. El coche subió al paso por el bulevar Michel. En la plaza de Germain se detuvo. El caballo de un carretón se hallaba caído en tierra. El tránsito estaba interrumpido por esa causa, y muy pronto aquello se convirtió en un amontonamiento de coches y de ómnibus.

Arsenio Lupin metió la cabeza. Otro coche carcelario se hallaba estacionado junto al que ocupaba. Alzó más la cabeza, puso el pie sobre uno de los radios de la rueda grande y saltó a tierra.

Un cochero lo vio, se echó a reír y luego quiso dar la voz de alarma. Pero su voz se perdió entre el tumulto de vehículos que habían empezado de nuevo a ponerse en marcha. Además, ya Arsenio Lupin estaba muy lejos de allí.

Había avanzado algunos pasos corriendo, pero sobre la acera de la izquierda se volvió, echó una mirada circular y pareció olfatear el viento como una persona que no sabe todavía bien qué dirección va a seguir. Luego, con resolución, metió las manos en los bolsillos y con el aire despreocupado de un paseante que deambula, continuó subiendo el bulevar.

El tiempo estaba templado; era una hora feliz y ligera del otoño. Los cafés estaban llenos de público. Se sentó en la terraza de uno de ellos.

Pidió un vaso de cerveza y un paquete de cigarrillos. Vació el vaso a pequeños tragos, fumó tranquilamente un cigarrillo y encendió luego otro. Por último, levantóse y le pidió al camarero que llamase al gerente.

Acudió el gerente, y Arsenio le dijo en tono suficientemente alto para que pudiera ser oído por todos:

dónde viene, dónde transcurrió su infancia, y en resumen, nada. Usted surgió de un golpe, hace tres años, procedente no se sabe exactamente de qué medio, para revelarse súbitamente como Arsenio Lupin, es decir, un extraño compuesto de inteligencia y de perversión, de inmoralidad y de generosidad. Los datos que poseemos sobre usted antes de esa época son más bien suposiciones. Es probable que el llamado Rostat, que trabajaba hace ocho años al lado del prestidigitador Dickson, no fuera otro que Arsenio Lupin. Es probable que el estudiante ruso que frecuentaba hace seis años el laboratorio del doctor Altier, en el hospital Louis, y que a menudo sorprendió al maestro por el ingenio de sus hipótesis sobre la bacteriología y la audacia de sus experiencias en las enfermedades de la piel, no fuera otro que Arsenio Lupin. Y Arsenio Lupin era igualmente el profesor de lucha japonesa que se estableció en París mucho antes que aquí se hablase de jiu-jitsu. Arsenio Lupin, creemos nosotros, era el corredor ciclista que ganó el Gran Premio de la Exposición, cobró los diez mil francos y no volvió a aparecer más. Arsenio Lupin puede ser también aquel que salvó a tantas personas sacándolas por el pequeño tragaluz en el incendio del Bazar de la Charité... y luego las desvalijó.

Y después de una pausa, el presidente concluyó:

— Así es esta época que parece no haber sido más que una preparación minuciosa para la lucha que usted ha emprendido contra la sociedad, un aprendizaje metódico en el cual usted llevaba al grado máximo su fuerza, su energía y su habilidad. ¿Reconoce usted la exactitud de estos hechos?

Durante este discurso el acusado se había balanceado de una pierna a otra pierna con su espalda redonda y los brazos inertes. Bajo la luz, ya más viva, se observaron su extrema delgadez, sus mejillas hundidas, sus pómulos extrañamente salientes, su rostro color terroso, marcado con pequeñas manchas rojizas y encuadrado por una barba desigual y rala. La cárcel lo había envejecido y ajado considerablemente. No se reconocía en él ya la silueta elegante y el rostro jovial de los cuales los periódicos habían publicado tan a menudo el simpático retrato.

Se hubiera dicho que el procesado no había oído la pregunta que le había sido formulada. Por dos veces le fue repetida. Entonces alzó los ojos, pareció reflexionar y luego, haciendo un esfuerzo violento, murmuró:

— Baudru, Desiderio.

El presidente se echó a reír, y dijo:

— Yo no me doy cuenta exacta del sistema de defensa que usted ha adoptado, Arsenio Lupin. Si es la de representar el papel de imbécil y de irresponsable, allá usted. Por lo que a mí respecta, yo iré derecho al objetivo sin preocuparme de sus fantasías.

Y seguidamente comenzó con los detalles de los robos, las estafas y las falsedades que se acusaba a Lupin. A veces interrogaba al acusado. Este lanzaba un gruñido o no respondía nada.

Comenzó el desfile de los testigos. Hubo varios testimonios sin importancia, algunos otros ya más serios, pero todos tenían el carácter común de contradecirse unos a otros. Una desconcertante oscuridad envolvía los debates. El inspector jefe Ganimard fue llamado a declarar y el interés se despertó de nuevo.

No obstante, desde el comienzo, el viejo policía causó cierta decepción. Tenía un aire no temeroso — ya se había visto en situaciones bien graves — sino inquieto, incómodo. Varias veces volvió los ojos hacia el acusado con una inquietud visible. Sin embargo, con las dos manos apoyadas en la barra, relató los incidentes en que había estado mezclado, su periferación a través de Europa, su llegada a América. Se le escuchaba con avidez, cual se escucharía el relato de las aventuras más apasionantes. Pero hacia el final, habiendo hecho alusión a sus entrevistas con Arsenio Lupin, en dos ocasiones se detuvo como si estuviera distraído, indeciso.

Era evidente que algún otro pensamiento le obsesionaba. Entonces, el presidente dijo:

— Si se siente usted enfermo sería mejor interrumpir su testimonio.

— No, no. Solamente que...

Se calló, miró larga y profundamente al acusado y luego dijo:

— Pido autorización para examinar al acusado más de cerca; hay un misterio en esto que es preciso que yo esclarezca.

Se acercó, lo observó más largamente todavía, con toda su atención concentrada, y luego regresó al estrado de los testigos. Y desde allí, con tono un tanto solemne, anunció:

— Señor presidente, yo afirmo que este hombre que está aquí frente a mí no es Arsenio Lupin.

ridículo, porque ¿qué cargos existían contra él? La orden de ponerlo en libertad fue firmada por el juez de instrucción. Pero el jefe de Seguridad resolvió establecer en torno a él una vigilancia activa.

Esta idea provino de Ganimard. Según su punto de vista, no existían ni complicidad ni casualidad. Baudru era solo un instrumento al cual Arsenio Lupin había utilizado con su extraordinaria habilidad. Una vez que Baudru estuviese libre, siguiéndole a él se llegaría hasta Arsenio Lupin o, cuando menos, hasta alguno de su banda.

Se nombró para auxiliar a Ganimard a los dos inspectores Folenfant y Dieuzy, y una mañana de enero, con tiempo brumoso, las puertas de la prisión fueron abiertas para dejar libre a Desiderio Baudru.

Al principio pareció torpe de movimientos y caminaba como quien no tiene ideas muy precisas sobre el empleo que dará a su tiempo. Siguió por la calle de la Santé y la calle Jacques. Ante la tienda de un trapero se quitó la americana y el chaleco, vendió este por unas pocas monedas de cobre y, volviendo a ponerse americana, continuó su marcha.

Atravesó el Sena. En el Châtelet se le adelantó un ómnibus. Intentó subir a él, pero no había lugar. El cobrador le aconsejó que tomase un número para esperar su vez, y entró en la sala de espera.

En ese momento, Ganimard llamó a sus dos ayudantes para que se situaran junto a él, y, sin apartar su vista de las oficinas de los ómnibus, les dijo con premura:

— Paren ustedes un coche...; no, mejor dicho, dos; es más prudente. Yo iré con uno de ustedes y le seguiremos.

Los hombres obedecieron. Mientras tanto, Baudru no aparecía a la vista.

Ganimard se adelantó: no había nadie en la sala.

— Pero qué idiota soy — murmuró Ganimard—; me olvidé que había otra salida.

En efecto, la oficina se comunicaba por un pasillo interior con otra oficina situada en la calle Martin. Ganimard se apresuró. Llegó exactamente a tiempo para divisar a Baudru subido a la imperial del ómnibus de la línea Batignolles a Jardin des Plantes, que en ese instante daba la vuelta a la esquina de la calle de Rivoli. Echó a correr y alcanzó el ómnibus, pero los dos agentes se habían perdido atrás.

Quedaba él solo para proseguir la persecución.

Enfurecido, estuvo a punto de agarrar a Baudru por el cuello sin más ceremonias.

los otros, en esta partida apasionante que la justicia y yo habíamos entablado y en la que se jugaba mi libertad: ustedes habían supuesto una vez más que yo procedía por fanfarronería, que yo estaba embriagado por mis éxitos como un joven inexperto. Pero yo, Arsenio Lupin, ¿iba, acaso, a sentir semejante debilidad? Y al igual que en el asunto Cahorn, ustedes no se han dicho: "Desde el momento que Arsenio Lupin grita a los cuatro vientos que se evadirá, es que tiene razones para creerlo así". Pero, diablos, comprende de una vez que para fugarme..., sin fugarme, era preciso que se creyera desde un principio y por anticipado en esa fuga, que esta fuese un artículo de fe, una convicción absoluta, una verdad resplandeciente como el sol. Y eso fue por mi voluntad. Arsenio Lupin se fugaría, Arsenio Lupin no asistiría a su proceso. Y cuando tú te levantaste para decir: "Ese hombre no es Arsenio Lupin", habría sido sobrenatural que todo el mundo no creyera inmediatamente que yo no era Arsenio Lupin. Si una sola persona hubiera dudado, si una sola hubiera emitido esta simple limitación: "¿Y si, en efecto, fuese Arsenio Lupin?", en el mismo instante yo habría quedado perdido. Bastaba inclinarse sobre mí, no con la idea que yo no era Arsenio Lupin, como tú lo hiciste tú y los demás, sino con la idea que yo podía ser Arsenio Lupin, y a pesar de todas mis precauciones habría sido reconocido.

Pero yo estaba tranquilo. Lógicamente, nadie podía tener esa sencilla y pequeña idea.

De pronto tomó la mano de Ganimard.

— Vamos, Ganimard, confiesa que ocho días después de nuestra entrevista en la prisión de la Santé me esperaste a las cuatro en tu casa, conforme yo te había rogado que lo hicieras.

— ¿Y tu coche carcelario? — dijo Ganimard, evitando responder a la pregunta de Arsenio.

— Era un engaño. Fueron mis amigos que reconstruyeron ese carruaje viejo y fuera de uso, con el cual intentaban dar el golpe. Pero yo sabía que eso era irrealizable sin la ayuda de una serie de circunstancias excepcionales. Solamente que me pareció útil el llevar a cabo ese intento de evasión y darle la mayor publicidad. Una primera fuga audazmente combinada daría a la segunda el valor de una fuga realizada por anticipado.

— Sí, pero desapareció de pronto. El revisor de servicio en la entrada de las salas de espera no le ha visto, pero se suponía que había pasado por los andenes de los trenes de los suburbios y que subió al tren expreso que sale diez minutos después del nuestro.

— En ese caso le habrían apresado.

— ¿Y si en el último momento ha saltado de ese expreso a nuestro tren y viene aquí..., como es probable..., como es seguro?

— En ese caso es aquí donde será apresado. Porque los empleados y los agentes no habrán dejado de observar ese cambio de un tren a otro, y cuando lleguemos a Rouen lo detendrán limpiamente.

— ¿A él? Jamás. Ya encontrará el medio de escaparse una vez más.

— En ese caso, le deseo buen viaje.

— Pero ¿y lo que él puede hacer de aquí allá?

— ¿Qué puede hacer?

— ¿Acaso lo sé yo? Cabe esperarlo todo de él.

La señora estaba muy agitada y, en realidad, la situación justificaba hasta cierto punto esa sobreexcitación nerviosa.

Casi a pesar mío le dije:

— Hay, en efecto, circunstancias curiosas... Pero tranquilícese usted... Aun admitiendo que Arsenio Lupin se encuentre en uno de estos vagones, procederá dentro de la mayor prudencia, y más bien que buscarse nuevas complicaciones, seguramente no tendrá otra idea que escapar y evitar el peligro que le amenaza. Pero mis palabras no la tranquilizaron en absoluto. No obstante, ella se calló, temiendo, sin duda, el ser indiscreta.

Yo abrí el periódico y leí los relatos del proceso de Arsenio Lupin. Como no contenían nada que no fuese ya conocido, no me interesaron sino medianamente. Además, me sentía cansado, había dormido mal, sentí pesadez en los párpados y que mi cabeza se inclinaba.

— Pero, señor. No va usted a dormirse.

La señora me arrancó el periódico de la mano y me miró con indignación.

— Evidentemente que no — le repliqué—; no tengo gana alguna de dormir.

— Eso sería la mayor de las imprudencias — dijo ella.

Quedaba la dama. El ni siquiera le prestó atención. Se conformó con apoderarse de la pequeña bolsa que yacía caída sobre la alfombra y extraer de ella las alhajas, el portamonedas y las cosas menudas de oro y plata que contenía. La dama abrió un ojo, temblando de espanto, se quitó las sortijas que llevaba puestas y se las tendió al bandido, cual si con ese ademán quisiera ahorrarle a él todo esfuerzo inútil. El individuo tomó las sortijas y las miró; ella se desmayó.

Entonces, siempre silencioso y con calma, sin ocuparse ya más de nosotros, volvió a su asiento, encendió un cigarrillo y se entregó a un examen profundo de los tesoros que acababa de conquistar, examen que pareció satisfacerle enteramente.

Yo estaba mucho menos satisfecho que él. Y no hablo de los doce mil francos de los que indebidamente me había despojado; era una pérdida que yo sólo aceptaba momentáneamente, y contaba por completo que aquellos doce mil francos volverían a mi poder en el plazo más breve, así como los papeles de gran importancia que guardaba en mi cartera: proyectos, presupuestos, direcciones, listas de corresponsales, cartas comprometedoras. Pero por el momento me atenazaba una preocupación mucho más inmediata y sería ¿qué es lo que iba a ocurrir?

Como cabe suponer, la agitación provocada por mi paso a través de la estación de Lazare no había escapado a mi atención. Invitado a casa de unos amigos a quienes frecuentaba bajo el nombre de Guillermo Berlat y para quienes mi parecido con Arsenio Lupin constituía un motivo de bromas afectuosas, yo no había podido desfigurarme a mi gusto, y por ello mi presencia en la estación había sido advertida. Además, había sido visto un hombre — Arsenio Lupin, sin duda — precipitarse abandonando el expreso para tomar el rápido. Así, pues, de manera inevitable y fatal, el comisario de Policía de Rouen, avisado por telégrafo y ayudado por un apreciable número de agentes, se encontrarían en la estación a la llegada del tren, interrogaría a los viajeros sospechosos y procedería a una inspección rigurosa de los vagones.

Yo preveía todo eso, pero no me había emocionado demasiado, en la certidumbre que la Policía de Rouen no sería más perspicaz que la de París y que yo sabría arreglármelas para pasar inadvertido. Para ello, ¿acaso no me bastaría, a la salida, el mostrar con ademán displicente mi tarjeta de diputado, gracias a la cual ya había inspirado una confianza absoluta al revisor de la estación de Lazare? Pero ¿cómo

— Pero entonces me habría matado. ¡Ah señor! Ya se lo había dicho yo que él viajaba en este tren. Yo le reconocí en seguida por su retrato. Y ahí va, llevándose mis alhajas.

— Ya le encontrarán, no tenga miedo.

— ¡Volver a encontrar a Arsenio Lupin! Jamás.

— Eso depende de usted, señora. Escuche. Apenas lleguemos, póngase usted en la portezuela y dé voces de llamada, haga ruido. Los agentes y los empleados acudirán. Cuénteles usted entonces lo que ha visto y reláteles en breves palabras la agresión que yo fui víctima y la fuga de Arsenio Lupin. Déles sus señas: sombrero blando, un paraguas (el de usted), un abrigo gris entallado.

— El de usted — dijo ella.

— ¿Cómo el mío? No; el suyo. Yo no traía abrigo.

— Pues a mí me pareció que él no traía abrigo cuando subió al tren.

— Sí, sí..., a menos que no se trate de una prenda olvidada por cualquiera en la red.

En todo caso, él lo llevaba puesto cuando saltó del tren, y eso es esencial...; un abrigo gris entallado, recuérdalo bien... ¡Ah! Me olvidaba...; dígales el nombre de usted desde el principio. Las funciones que ejerce su marido estimularán el celo de todas esas gentes.

Estábamos llegando. La dama se inclinó en seguida por la ventanilla de la portezuela. Con voz un tanto fuerte, casi imperiosa, para que mis palabras se grabaran bien en su cerebro, volví a decirle:

— Diga también mi nombre: Guillermo Berlat. Y, si es preciso, afirme que usted me conoce... Esto nos hará ganar tiempo...; es preciso que la investigación preliminar se haga rápidamente...; lo importante es que se emprenda la persecución de Arsenio Lupin..., por sus alhajas... No hay lugar a confusión, ¿verdad? Guillermo Berlat, un amigo del marido de usted.

— Entendido... Guillermo Berlat.

Se puso a dar voces y gesticular. Todavía el tren no se había detenido, cuando ya un señor subía al departamento seguido de varios hombres. La hora crítica había sonado.

Sofocada, la señora exclamó:

Saqué mi reloj.

— A esta hora, Arsenio Lupin ronda en torno a la estación de Darnetal. A las diez y cincuenta, es decir, dentro de veintidós minutos, tomará el tren que va de Rouen a la estación del Norte de Amiens.

— ¿Cree usted? ¿Y cómo lo sabe?

— ¡Oh!, eso es muy sencillo. En el departamento del vagón, Arsenio Lupin consultó mi guía de ferrocarriles. ¿Por qué razón lo hizo? Para ver si no lejos del lugar donde desapareció había otra línea, una estación de esa línea y un tren que se detuviera en esa estación. A mi vez he consultado mi guía. Y con ello me he informado.

— En verdad, señor, es una maravillosa deducción. ¡Qué capacidad tiene usted!

Arrastrado por mi convencimiento, acababa de cometer una torpeza al dar prueba de tanta habilidad. El comisario me miraba con sorpresa y me pareció ver traslucir en él un asomo de sospecha... Pero apenas si podía ser eso, por cuanto las fotografías enviadas de todas partes por la Policía eran demasiado imperfectas, representaban un Arsenio Lupin demasiado diferente de aquel que él tenía ante sí para que fuese posible que me reconociera. Mas, a pesar de todo, parecía turbado, confusamente inquieto.

Hubo un momento de silencio. Algo inequivoco, Y de incierto detenía nuestras palabras. Yo mismo sentí que un escalofrío de inquietud me sacudía. ¿La suerte iba a volverse contra mí? Dominándome, me eché a reír.

— ¡Dios mío! Nada nos ilumina tanto la comprensión como la pérdida de una cartera y el deseo, de recuperarla. Y me parece que si usted fuera tan amable de cederme a dos de sus agentes, entre ellos y yo quizá pudiéramos...

— ¡Oh! Yo se lo ruego, señor comisario — exclamó la señora Renaud—. Haga lo que el señor Berlat dice.

La intervención de mi excelente amiga resultó decisiva. Pronunciado por ella, esposa de un personaje influyente, aquel nombre de Berlat se convertía verdaderamente en el mío y me confería una identidad inmune al alcance de toda sospecha. El comisario, se levantó y dijo:

— Me sentiré muy feliz, señor Berlat, créalo, de verle triunfar. Yo deseo tanto como usted la detención de Arsenio Lupin.

Siendo mujer de carácter resuelto, la condesa, sin perder tiempo en vanas lamentaciones, hizo avisar al comisario, señor Valorbe, cuyo espíritu sagaz y clarividente habían ya tenido ocasión de apreciar anteriormente. El comisario fue puesto al corriente de todos los detalles, y seguidamente preguntó:

— ¿Está usted seguro, señor conde, que ninguna persona pudo durante la noche pasar por el dormitorio de ustedes?

— Absolutamente seguro. Yo tengo el sueño muy ligero. Es más: la puerta de este dormitorio estaba cerrada con cerrojo. Yo mismo tuve que quitarlo esta mañana cuando mi esposa llamó a su sirvienta.

— ¿Y no existe ningún otro paso que permita introducirse en el gabinete?

— Ninguno.

— ¿No hay ventanas?

— Sí, hay una, pero está clausurada.

— Yo quisiera darme cuenta de cómo está...

Se encendieron lámparas e inmediatamente el señor Valorbe les hizo observar que la ventana no estaba clausurada sino solo a media altura, por un armario, el cual, además, no estaba pegado exactamente a la ventana.

— Está lo suficiente — replicó el señor De Dreux — para que resulte imposible apartarlo sin hacer mucho ruido.

— ¿Y adónde da esta ventana?

— A un patio interior.

— ¿Y hay todavía otro piso encima de este?

— Dos, pero al nivel del de los criados; el patio está protegido por una verja de mallas muy estrecha. Es por eso que aquí hay tan poca claridad.

En efecto, cuando fue apartado el armario se comprobó que la ventana estaba cerrada, y no hubiera podido estarlo si alguien hubiera penetrado por ella desde el exterior.

— A menos — observó el conde — que ese alguien hubiera salido por nuestro cuarto.

— En cuyo caso, usted no hubiera encontrado cerrado el cerrojo de la puerta de este dormitorio.

El comisario reflexionó un instante y luego, volviéndose hacia la condesa, dijo:

comprobó que desde hacía tres años no había salido del hotel más que cuatro veces, y esas cuatro para gestiones que pudieron comprobarse. En realidad, servía de camarera y de costurera a la señora De Dreux, la cual se mostraba a su respecto de un rigor sobre el cual todos los criados declararon en forma confidencial.

— De todos modos — decía el juez de instrucción, que al cabo de una semana llegó a las mismas conclusiones que el comisario, aun admitiendo que supiéramos quién es el culpable, y a eso no hemos llegado todavía, no sabríamos por ello más sobre la forma en que se cometió el robo. A derecha e izquierda se alzan ante nosotros dos barreras: una puerta y una ventana cerradas. El misterio es así doble. ¿Cómo pudo introducirse una persona, y cómo, cosa mucho más difícil, pudo escapar, dejando detrás de sí una puerta cerrada con cerrojo y una ventana también cerrada?

Al cabo de cuatro meses de investigaciones, la idea secreta del juez era esta: que el señor y la señora De Dreux, apremiados por necesidades de dinero, habían vendido el collar de la reina. Y archivó el asunto.

El robo de la preciosa joya descargó sobre los Dreux — se le cayó un golpe del cual conservaron la marca por largo tiempo. Su situación, al no estar ya apoyada por aquella especie de reserva que constituía tal tesoro, dio lugar a que se encontraran frente a unos acreedores más exigentes y a prestamistas menos propicios. Tuvieron que cortar sus gastos considerablemente, enajenar, hipotecar.

En una palabra, aquello hubiera sido su ruina si dos grandes herencias de parientes lejanos no hubieran venido a salvarlos.

A la vez sufrieron también en su orgullo, cual si hubieran perdido un cuartel de sus escudos de nobleza. Y, cosa extraña, fue contra su antigua compañera de internado contra quien se volvió la condesa. Sentía contra ella un verdadero rencor y la acusaba abiertamente. Primeramente la relegó al piso de los criados y luego la despidió de la noche a la mañana.

Y la vida siguió deslizándose sin que ocurrieran acontecimientos notables. Los condes viajaban mucho.

En el curso de esa época hay que destacar sólo un hecho. Unos meses después de la partida de Enriqueta, la condesa recibió de ella una carta que la llenó de asombro:

demasiado limpio, porque él lo había limpiado para borrar toda huella de su paso sobre el grueso polvo antes allí acumulado... Confíese usted que había para trastornar la cabeza de un chico de su edad. ¿Acaso es eso tan fácil? ¿Acaso basta con sólo querer y tender la mano? ... Palabra, lo que él quiso...

— Y él tendió la mano.

— Las dos manos — prosiguió el caballero, riendo.

Todos experimentaron como un escalofrío. ¿Qué misterio ocultaba la vida del seudo Floriani? ¡Qué extraordinaria debía de ser la existencia de este aventurero, ladrón genial a los seis años y que hoy, por un refinamiento de diletante en busca de emociones, o cuando más para satisfacer un sentimiento de rencor, venía a desafiar a su víctima en su propia casa, audazmente, locamente, y, no obstante, lo hacía con toda la corrección de hombre galante de visita!

Se levantó y se acercó a la condesa para despedirse. Ella reprimió un movimiento para retroceder. El sonrió.

— ¡Oh señora! Usted tiene miedo. ¿Acaso habré yo llevado demasiado lejos mi pequeña comedia de brujo de salón?

Ella se dominó, y respondió con la misma desenvoltura, un poco burlona:

— De ningún modo, señor. Por el contrario, la leyenda de ese buen hijo me ha interesado mucho y me viene a la vez que mi collar haya sido objeto de un destino tan brillante. Pero ¿no cree usted que el hijo de esa... mujer, de aquella Enriqueta, obedecía, sobre todo, a su vocación?

El se estremeció, sintiendo la punzada, y replicó:

— Yo estoy persuadido de ello, y era preciso incluso que esa vocación fuese muy fuerte para que el niño no se acobardara.

— ¿Y ello por qué?

— Está claro. Usted sabe que la mayor parte de las piedras eran falsas. Las únicas verdaderas eran aquellos pocos diamantes comprados de nuevo al joyero inglés, pues los otros habían sido vendidos uno a uno según las duras necesidades de la vida.

— Pero, en todo caso, se trataba del collar de la reina, señor — dijo la condesa con altivez, y he ahí lo que el hijo de Enriqueta no podía comprender.

Salté fuera de la cama con un grito de liberación y corrí a la cortina. La tela estaba perforada y el vidrio agujereado. En cuanto al hombre, no había podido alcanzarle... por la sencilla razón que allí no había nadie.

¡Nadie! Y así había sido toda la noche. Yo había permanecido hipnotizado por un pliegue de la cortina. Y durante todo ese tiempo los malhechores... Rabiosamente, con un impulso que nada hubiera podido detener, di vuelta a la llave en la cerradura, abrí la puerta, crucé la antecámara, abrí la otra puerta y me precipité en la sala.

La estupefacción me dejó clavado sobre el suelo, anhelante, aturdido, más sorprendido todavía de lo que había quedado al comprobar la ausencia del individuo: nada había desaparecido. Todas las cosas que yo suponía robadas: muebles, tapices, terciopelos y sedas antiguos, todas esas cosas estaban en sus respectivos lugares.

Era un espectáculo incomprensible. No creía lo que veía. Pero... y aquel estrépito, aquellos ruidos como de mudanza? Recorrí la estancia, inspeccioné las paredes, hice un inventario de todos aquellos objetos que yo conocía perfectamente. ¡Nada faltaba! Y lo que me desconcertaba más es que tampoco revelaba que por allí hubieran pasado malhechores; ningún ruido, ni una silla fuera de su sitio, ninguna huella.

"Vamos, vamos — me dije, cogiéndome la cabeza entre las manos—. Pero, sin embargo, yo no estoy loco. Yo oí bien los ruidos..."

Pulgada a pulgada, siguiendo los procedimientos de investigación más minuciosos, examiné la sala. Todo fue en vano. O más bien.... ¿podía yo acaso considerar aquello como un descubrimiento? Sobre una pequeña alfombra persa, tirada en el suelo, recogí una carta, un naipe de juego. Era un siete de corazones, semejante a todos los setes de corazones de los juegos de cartas francesas, pero que llamó mi atención por un detalle bastante curioso. La punta extrema de cada una de las siete marcas rojas en forma de corazón estaba perforada tenía un agujero..., la forma de agujero redondo y regular que hubiera podido practicarse con la punta de un punzón.

Eso era todo. Un naipe y una carta encontrada dentro de un libro. Y fuera de eso, nada. ¿Acaso era bastante para afirmar que yo no había sido juguete de un sueño?

Sin preámbulo alguno me dijo, con voz rasgada y con un acento que me confirmaba la situación social del individuo:

— Señor, encontrándome de viaje y estando en un café, cayó bajo mis ojos el Gil Blas. Leí su artículo. Me ha interesado... mucho.

— Se lo agradezco.

— Y he venido...

— ¡Ah!

— Sí, para hablar con usted. ¿Todos los hechos que usted ha contado son exactos?

— Absolutamente exactos.

— ¿No hay ni uno solo que no sea invención de usted?

— Ni uno solo.

— En ese caso, quizá yo tenga informes que proporcionarle.

— Le escucho a usted.

— No.

— ¿Cómo no?

— Antes de hablar es preciso que yo compruebe si son exactos.

— ¿Y para comprobarlos?

— Es preciso que yo permanezca solo en esta estancia.

Le miré con sorpresa.

— No comprendo muy bien....

— Es una idea que se me ha ocurrido al leer su artículo. Ciertos detalles establecen una coincidencia verdaderamente extraordinaria con otra aventura que la casualidad me ha revelado. Y si me he equivocado, es preferible que yo guarde silencio. Y el único medio de saberlo es que yo me quede solo...

¿Qué se ocultaba bajo semejante propuesta? Más tarde he recordado que, al formularla, el hombre tenía un aire inquieto, una expresión de carácter ansioso.

Pero, por el momento, aunque un tanto sorprendido, yo no encontraba nada de particularmente anormal en su exigencia. Y, además, aquella curiosidad me estimulaba.

Respondí:

— Sea. ¿Cuánto tiempo necesita usted?

— ¡Oh! Tres minutos..., no más. De aquí a tres minutos iré a reunirme con usted.

esto: los planos de Luis Lacombe son ahora propiedad de una potencia extranjera y estamos en condiciones de publicar la correspondencia cambiada a este propósito entre los hermanos Varin y el representante de esa potencia. En la actualidad, el Siete de Corazones imaginado por Luis Lacombe es llevado a la realidad por nuestros vecinos.

"¿La realidad responderá a las previsiones optimistas de aquellos que han estado mezclados a esta traición? Nosotros tenemos, para esperar lo contrario, razones que el acontecimiento, y bien quisiéramos creerlo así, no engañará a nadie."

Y una posdata añadía:

"Ultima hora. — Esperábamos con toda razón. Nuestras informaciones particulares nos permiten anunciar que las pruebas del Siete de Corazones no han sido satisfactorias. Es probable que en los planos entregados por los hermanos Varin faltaba el último documento presentado por Luis Lacombe al señor Andermatt la noche de su desaparición, documento indispensable para la comprensión total del proyecto, especie de resumen en el que se encuentran las conclusiones definitivas, los cálculos y las medidas calculadas en los otros papeles. Sin ese documento, los planos son imperfectos, lo mismo que sin los planos dicho documento resulta inútil.

"Por consiguiente, es todavía tiempo de proceder y de volver a entrar en posesión de lo que nos pertenece. Para esta misión, muy difícil, contamos mucho con la ayuda del señor Andermatt. Tendrá como un deber el explicar la conducta inexplicable que ha observado desde un principio. Deberá decir no solamente por qué no ha contado lo que sabía en el momento del suicidio de Esteban Varin, sino también por qué no ha revelado nunca la desaparición de los papeles que él tenía conocimiento. Deberá decir por qué desde hace seis años mandaba vigilar a los hermanos Varin por agentes a sueldo.

"Esperamos de él no palabras, sino actos. Si no... La amenaza era brutal. Pero ¿en qué consistía? ¿Qué medio de intimación poseía Salvador, autor... anónimo del artículo sobre el señor Andermatt?

¿Era la emoción? ¿Era el cansancio de un trabajo ejecutado bajo un sol demasiado fuerte? El caso es que yo me tambaleaba al marcharme y tuve que meterme en la cama, donde permanecí cuarenta y ocho horas febril y ardiendo, obsesionado por esqueletos que bailaban en torno a mí y se arrojaban a la cabeza unos a otros sus corazones sanguinolentos.

Daspry me permaneció fiel. Cada día me concedía tres o cuatro horas que, verdad, él pasaba en la sala grande huroneando y dando golpes.

— Las cartas se encuentran en esta estancia — venia a decirme de tiempo en tiempo—. Están allí. Yo pondría la mano en el fuego.

— Déjame en paz — le respondía yo, horripilado.

En la mañana del tercer día me levanté bastante débil todavía, pero ya curado. Un buen desayuno me confortó. Pero una carta continental que recibí hacia las cinco de la tarde contribuyó más que nada a mi completo restablecimiento, de tal modo mi curiosidad se vio de nuevo, y a pesar de todo, espoleada en lo más vivo.

La carta exprés contenía estas palabras:

"Señor: El drama cuyo primer acto ocurrió en la noche del 22 al 23 de junio toca a su desenlace. La propia fuerza de las cosas exige que yo ponga en presencia uno de otro a los dos principales personajes de este drama y que esta confrontación tenga lugar en casa de usted, por lo que yo le quedaría infinitamente reconocido si me prestara su domicilio para la noche de hoy. Sería oportuno que de las nueve a las once horas su sirvienta fuese alejada, así como también sería preferible que usted mismo tuviera la amabilidad de dejar el campo libre a los adversarios. Usted ha podido darse cuenta ya en la noche del 22 al 23 de junio que yo llevaba hasta lo más escrupuloso mi respeto para cuanto a usted le pertenece. Por mi parte, creo que le ofendería a usted si yo dudara un solo instante de su absoluta discreción con respecto al que aquí firma.

Suyo,

Salvador."

Había en esta misiva un tono de cortés ironía y en la petición que aquella formulaba una bella fantasía que a mí me deleitaba. Era una encantadora desenvoltura la de mi corresponsal, y este parecía enteramente seguro de mi asentimiento. Por nada

de un dedo, siguió el contorno de los hombros de la figura, palpando en ciertas partes de la imagen.

Pero, bruscamente, saltó de la silla y se alejó de la pared. Resonó el ruido de pasos. En el umbral apareció el señor Andermatt.

El banquero lanzó un grito de sorpresa.

— ¡Usted! ¡Usted! ¿Es usted quien me ha convocado?

— ¿Yo? En absoluto — protestó Varin con voz quebrada que me recordó la de su hermano—. Es la carta de usted la que me hizo venir aquí.

— ¡Mi carta!

— Una carta firmada por usted en la que me ofrecía...

— Yo no le he escrito a usted.

— ¡Que usted no me ha escrito!

Instintivamente, Varin se puso en guardia, no en modo alguno contra el banquero, sino contra el enemigo desconocido que le había atraído a aquella trampa. Por segunda vez, sus ojos se volvieron hacia nuestro lado y rápidamente se dirigió hacia la puerta.

El señor Andermatt le cerró el paso.

— ¿Qué hace usted, Varin?

— Hay en todo esto cosas que no me agradan. Me voy. Buenas noches.

— Un momento.

— Vamos, señor Andermatt, no insista usted, pues nada tenemos que decirnos.

— Nosotros tenemos mucho que decirnos y esta ocasión es demasiado oportuna para ello...

— Déjeme usted pasar.

— No, no, no. Usted no pasará.

Varin retrocedió, intimidado por la resuelta actitud del banquero, y masculló:

— Entonces, pronto, hablemos y que esto se acabe.

Había algo que me sorprendía y yo no dudaba que mis dos compañeros de escondrijo experimentaban la misma decepción. ¿Cómo podía ser que Salvador no estuviese presente allí? ¿Acaso no formaba parte de sus proyectos el intervenir? ¿Acaso le parecía bastante el poner frente a frente al banquero y a Varin? Me sentía extraordinariamente desconcertado. Por el hecho de su ausencia, este duelo,

introdujo en la boca. Sus ojos se cerraron, sus oídos le zumbaban e iba a perder el conocimiento, cuando de pronto la presión a que estaba sometido cedió y el hombre que estaba asfixiándole con su peso se irguió para defenderse a su vez contra un ataque imprevisto. Un golpe de bastón en un puño, una patada en la espinilla..., y el hombre comenzó a lanzar gritos de dolor y huyó, cojeando y maldiciendo.

Sin molestarse en perseguirle, el recién llegado se inclinó, y dijo:

— ¿Está usted herido, señor?

No estaba herido, pero sí muy aturdido e incapaz de tenerse en pie. Felizmente, uno de los empleados del fielato, atraído por los gritos, había acudido. Se buscó un coche. El caballero tomó asiento en él, acompañado de su salvador, y fue conducido a su hotel en la avenida de la Grande Armée.

Ante la puerta, ya completamente repuesto, se deshizo en palabras de agradecimiento.

— Yo le debo a usted la vida, señor, y le ruego crea que nunca le olvidaré. No quiero asustar a mi esposa en estos momentos, pero es mi deseo que ella le exprese a su vez, y a partir de hoy, nuestro mayor reconocimiento.

Luego le rogó que acudiera a almorzar con ellos, y le dijo su nombre: Ludovico Imbert, agregando:

— ¿Puede saber a quién tengo el honor de...?

El desconocido se presentó: Arsenio Lupin.

Arsenio Lupin no tenía entonces la celebridad que luego le valió el asunto Cahorn, su fuga de la Santé y tantas otras hazañas de resonancia. Ni siquiera se había llamado hasta entonces Arsenio Lupin. Ese nombre, al cual el futuro le tenía reservado tamaño brillo, fue especialmente imaginado para designar al salvador del señor Imbert, y puede decirse que fue en este asunto en el que recibió el bautismo de fuego. Dispuesto al combate, cierto es, armado de todas las armas, pero sin recursos, sin la autoridad que proporciona el éxito, Arsenio Lupin no era más que un aprendiz en una profesión en la cual muy pronto se convertiría en un maestro.

Por tanto, qué estremecimiento de alegría experimentó al despertarse y recordar la invitación que le habían hecho la noche antes. Al fin alcanzaba el objetivo. Al fin emprendía una obra digna de sus fuerzas y de su talento. Los millones de Imbert que había, ¡qué magnífica presa constituían para un apetito cual el suyo!

Transcurrió una hora, y luego otra. Arsenio Lupin oyó a los criados que iban a acostarse. Ahora ya no había nadie en el primer piso. Medianoche. Los Imbert continuaban su tarea.

— ¡Vamos! — murmuró Lupin.

Abrió la ventana. Esta daba al patio. El cielo en la noche sin luna y sin estrellas estaba oscuro. Sacó de su armario una cuerda con nudos que sujetó a la barandilla del balcón. Saltó por este y se dejó deslizarse suavemente, sirviéndose de un canalón, hasta la ventana situada por debajo de la suya. Era la del despacho. Allí estaba la espesa cortina que ocultaba el interior de la estancia. En pie sobre el balcón permaneció un momento inmóvil, con el oído atento y los ojos al acecho.

Tranquilizado por el silencio que reinaba, empujó suavemente las dos vidrieras. Si nadie había tenido la precaución de cerrarlas debidamente, entonces cederían al menor esfuerzo, pues él, en el curso de la tarde, había dado vuelta a la falleba de manera que no entrase en las ranuras correspondientes.

Las vidrieras cedieron. Entonces, con las mayores precauciones, las abrió todavía más. Cuando ya pudo introducir la cabeza por el hueco, se detuvo. Por entre las cortinas mal unidas se filtraba un poco de luz. Distinguió a Gervasia y Ludovico sentados al pie de la cama, con la cabeza baja.

Sólo cambiaban algunas palabras de tarde en tarde y en voz baja, absortos en su trabajo. Arsenio calculó la distancia que le separaba de ellos, midió los movimientos exactos que precisaría hacer para reducirlos a uno después del otro a la impotencia antes que tuvieran tiempo de gritar pidiendo auxilio, y ya iba a precipitarse a llevarlos a cabo, cuando Gervasia dijo:

— Cómo se ha enfriado este cuarto desde hace unos momentos. Yo me voy a acostar. ¿Y tú?

— Yo quisiera acabar con esto.

— ¡Acabar! Pero si tienes para toda la noche.

— De ningún modo. Tengo para una hora a lo sumo.

Ella se retiró. Pasaron veinte minutos, treinta minutos. Arsenio empujó las vidrieras un poco más. Las cortinas se movieron, produciendo un ruido de roce. Empujó todavía más. Ludovico se volvió y, viendo las cortinas hinchadas por el viento, se levantó para cerrar la ventana.

comprendí que para conseguir la perla era preciso que aquel criado fuese detenido (y fui yo quien dejó allí el botón de la levita); pero era preciso también que no se consiguieran contra él pruebas irrecusables de su culpabilidad..., para lo cual recogí el cuchillo olvidado sobre la alfombra y me llevé la llave olvidada en la cerradura, así como también borré las huellas de los dedos sobre la pintura del gabinete de los vestidos. En mi concepto, ese fue uno de los chispazos...

— De genio — interrumpí yo.

— De genio, si así lo quieres, y que no hubiera, iluminado el cerebro de todo el mundo. Adivinar en un segundo las dos condiciones del problema (una detención y una absolución), servirme del formidable aparato de la justicia para trastornar al individuo, para embrutecerle, en una palabra, para ponerle en tal estado de espíritu, que una vez en libertad tuviera inevitablemente que caer en la trampa un poco burda que yo le tendía...

— ¿Un poco? Di más bien, muy burda, pues él no corría ningún peligro.

— ¡Oh! Ni el más pequeño, puesto que toda absolución es una cosa definitiva.

— Pobre diablo...

— ¡Pobre diablo... Víctor Dangre! ¿No tienes en cuenta que es un asesino?

Hubiera sido la última de las inmorandades el que se hubiera quedado con la perla negra. Pero vive, piénsalo; Dangre vive.

— Y la perla negra es tuya.

La sacó de uno de los bolsillos secretos de su cartera, la examinó y la acarició con sus dedos y con sus ojos, y suspiró:

— ¿Quién será el fantástico, quién será el rajá imbécil y vanidoso que entrará en posesión de este tesoro? ¿A qué millonario americano estará destinado este pequeño pedazo de belleza y de lujo que ornaba los blancos hombros de Leontina Zalti, condesa de Andillot? ...